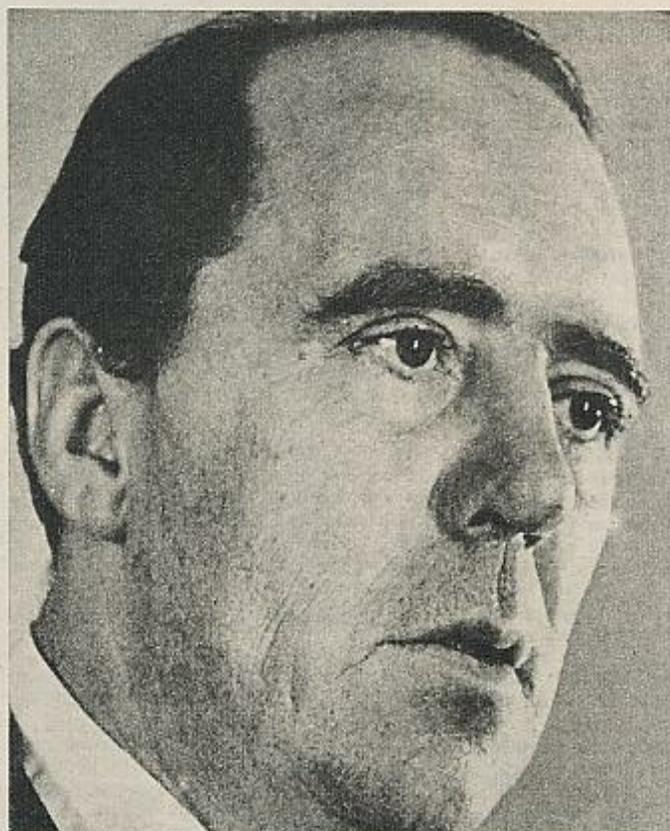


LIBROS

Heinrich Böll y sus «Vidas ejemplares»

En su último relato, *El honor perdido de Katharina Blum* (1), el escritor alemán Heinrich Böll recurre a un método muy parecido al de su novela anterior, *Retrato de grupo con señora* (2). En ambos casos, el eje sobre el cual gira la narración es una mujer cuyo comportamiento se propone, más o menos abiertamente, como ejemplo «moral», a través de una técnica narrativa que participa de las convenciones de la novela de intriga y de la de aventuras. *El honor perdido de Katharina Blum* se nos presenta ciertamente como un informe debido a un autor anónimo y despersonalizado, cuya sobriedad, objetividad y exactitud no le impiden mostrar una clara simpatía por el personaje central. Si en todas las novelas de Böll hay por lo menos una «vida ejemplar», argucia de la que se sirve el escritor para endosarnos su pensamiento, confesadamente católico, en las dos citadas esta característica se radicaliza hasta el punto de que a veces se duda si no estaremos leyendo un informe previo a un proceso de canonización. Por descontado, Böll hace uso y abuso de todas las libertades posconciliares que puedan imaginarse. No van a ser los santos de finales del siglo XX como los de los siglos anteriores.

No obstante, *El honor perdido de Katharina Blum* se presenta explícitamente como un ale-



Heinrich Böll.

gato contra la prensa sensacionalista, según se nos informa profusamente en la nota editorial. A raíz de un artículo de Böll, atacando los métodos de dicha prensa, a propósito del proceso Baader-Meinhof, el escritor sufre una virulenta campaña de difamación por parte de la poderosa cadena Springer, campaña que llegó a provocar incluso la intervención de la Policía. (He aquí una dura lección sobre los males de la libertad de prensa y las indudables ventajas que presenta el ordenamiento español, por ejemplo.) Partiendo de esa experiencia personal, el premio Nobel alemán escribió su informe novelado para «confirmar, una vez más, cómo la violencia engendra la violencia». Pero, en mi opinión, se han omitido datos esenciales para la cabal comprensión del asunto. Veamos dos puntos concretos:

1. La historia está relacionada, evidentemente, con la actuación de grupos extremistas de izquierdas. El informe de Böll condena sin paliativos la actuación de

la prensa sensacionalista sobre el particular, pero omite aclararnos si dicha prensa actúa de igual modo en los casos de grupos de extrema derecha. Si efectivamente es así, el análisis de Böll, a pesar de su omisión, sería válido, por cuanto pone de manifiesto una determinada «moral» periodística que merece toda nuestra repulsa. Si, por el contrario, este tipo de actuaciones sólo tienen lugar cuando los sujetos implicados huelen a «rojos», el escritor nos ha escamoteado la dimensión política del caso, que trasciende con mucho un anecdótico caso de «moral» periodística para entrar de lleno en la crítica de todo un sistema político y económico, que hace posible la manifestación de esa «moral». La denuncia se invalidaría a sí misma, al no saber o no querer (o no atreverse) llevar su propio desarrollo dialéctico hasta sus últimas consecuencias.

2. En determinado momento (página 66), el informe se ocupa de esos otros periódicos que tratan «de forma

absolutamente objetiva las implicaciones del caso». A lo cual opone la implicada Katharina Blum: «¿Y quién lee esto? Todos mis conocidos leen el periódico». ¿Analiza el informe, a continuación, el por qué la sociedad alemana lee más el periódico, o le da mayor crédito que a los demás, donde la información se trata objetivamente? En absoluto. En todo el informe hallamos solamente una referencia al respecto, sumamente equívoca por lo demás. En la página 111, un interlocutor de Katharina piensa «por error» que ésta es marxista, y le pregunta «si opinaba que el método utilizado por el periódico era resultado de la estructura». «Katharina no sabía lo que quería decir, y negó con la cabeza». Eso es todo. ¿Qué explicación puede tener esta actitud del informante?

Desde luego, ninguna relacionada con la estructura literaria específica del libro, que por su propia naturaleza parece impedir que el «escribiente» manifieste su propio parecer al respecto. Böll ha de-

mostrado en sobradas ocasiones su habilidad para llevar el agua a su molino, como para que en esta ocasión se lo haya impedido una técnica narrativa determinada. Y aunque así hubiese sido, ¿por qué elegir esa técnica, si le imposibilitaba decir cuanto quería y había que decir?

Es obvio que la novela se lee de un tirón, conducido el lector por una sabiduría narrativa innegable y por un medido y justo sentido de la progresión dramática. La interpolación de pasajes humorísticos e incluso sarcásticos (como, por ejemplo, el comentario sobre la «función social» del arte de las páginas 134-135) descargan la tensión dramática cuando es preciso, antes de llevarnos a un nuevo climax. En otras ocasiones, este sentido del humor nos sume en la perplejidad, como cuando se dice que determinados personajes iban disfrazados de «español» o de «andaluz». ¿Es que los españoles y andaluces vestimos de un modo tan peculiar como para que en Alemania nuestros trajes de calle se confundan con un disfraz? ¿Podría, por el contrario, disfrazarse un español de alemán? ¿Cómo? ¿Tal vez con el uniforme de las SS? ■ MARTIN VILUMARA.

Viejas y nuevas técnicas de liberación

En todos los sistemas religiosos o mágicos que el hombre ha ideado se encuentra como constante la búsqueda de una unión del adorador con aquello que adora, ligada a la necesidad de una percepción de la realidad distinta de la habitual, considerada ésta como inferior. El creyente de cualquier religión tiene, como deseo primordial, sustituirse a su Dios y ver el mundo con sus ojos. Y cuando la religión desaparece y es sustituida por formas de pensamiento ateas, o incluso enemigas de los Dioses, el impulso místico pervive conver-

tido en una necesidad de «integración» consigo mismo, o de «liberación» de unas trabas que se supone ligan al espíritu; el psicoanálisis junguiano, la «Filosofía Perenne», de Aldous Huxley, o los movimientos psicodélicos de las últimas décadas dan prueba de ello. Es posible que el misticismo sea simplemente una forma más de actividad humana, como pueda serlo el construir ciudades, escribir novelas o inventar sistemas filosóficos.

Daniel Odier fue autor de una larguísima entrevista con William Burroughs, que fue publicada en volumen por la revista «Evergreen», bajo el título «The Job» (1). En este libro, Odier se plantea, sobre todo, el buscar ciertas «técnicas de liberación» en el pensamiento y en la obra del novelista americano. Burroughs hablaba extensamente de la apomorfina —desinhibidora del metabolismo—, de los infrasonidos y de la «scientology» —nueva religión fantacientífica, inventada por Ron Hubbard—, y consideraba al ser humano como una máquina de funcionamiento químico, cuya liberación podría ser alcanzada exclusivamente por procedimientos físico-químicos. El trabajo conjunto de Odier y Burroughs dio como resultado un libro alejado de cualquier ocultarismo nebuloso, en el que se sentaban las bases de un pensamiento y de una práctica de la vida totalmente revolucionarios.

Ahora, Odier —que no ha renunciado, al parecer, a la búsqueda de la «liberación» psicodélica— presenta, en colaboración con el estudioso de lo oculto Marc de Smedt, un panorama muy amplio de los sistemas místicos, tanto orientales como occidentales (2). El libro

(1) «El trabajo». Salvat. Col. Maldoror. Barcelona, 1970.

(2) «Las místicas orientales», de Daniel Odier y Marc de Smedt. Traducción de Carlos Ayala. Ed. Martínez Roca, Col. «La otra ciencia». Barcelona, 1975.

(1) Editorial Noguer, Barcelona, 1975. 141 páginas.

(2) El lector interesado puede ver mi crítica a esta novela en el número 565 de este semanario (28-VII-73).